

DOCUMENTO 317:

[Autor: Siervo de Dios Donato Jiménez Bibiano. *Curriculum vitae realizado durante el Noviciado*. 1893: Original en APRM., sec. Mártires, documento sig. 1209010. Páginas 1-16]

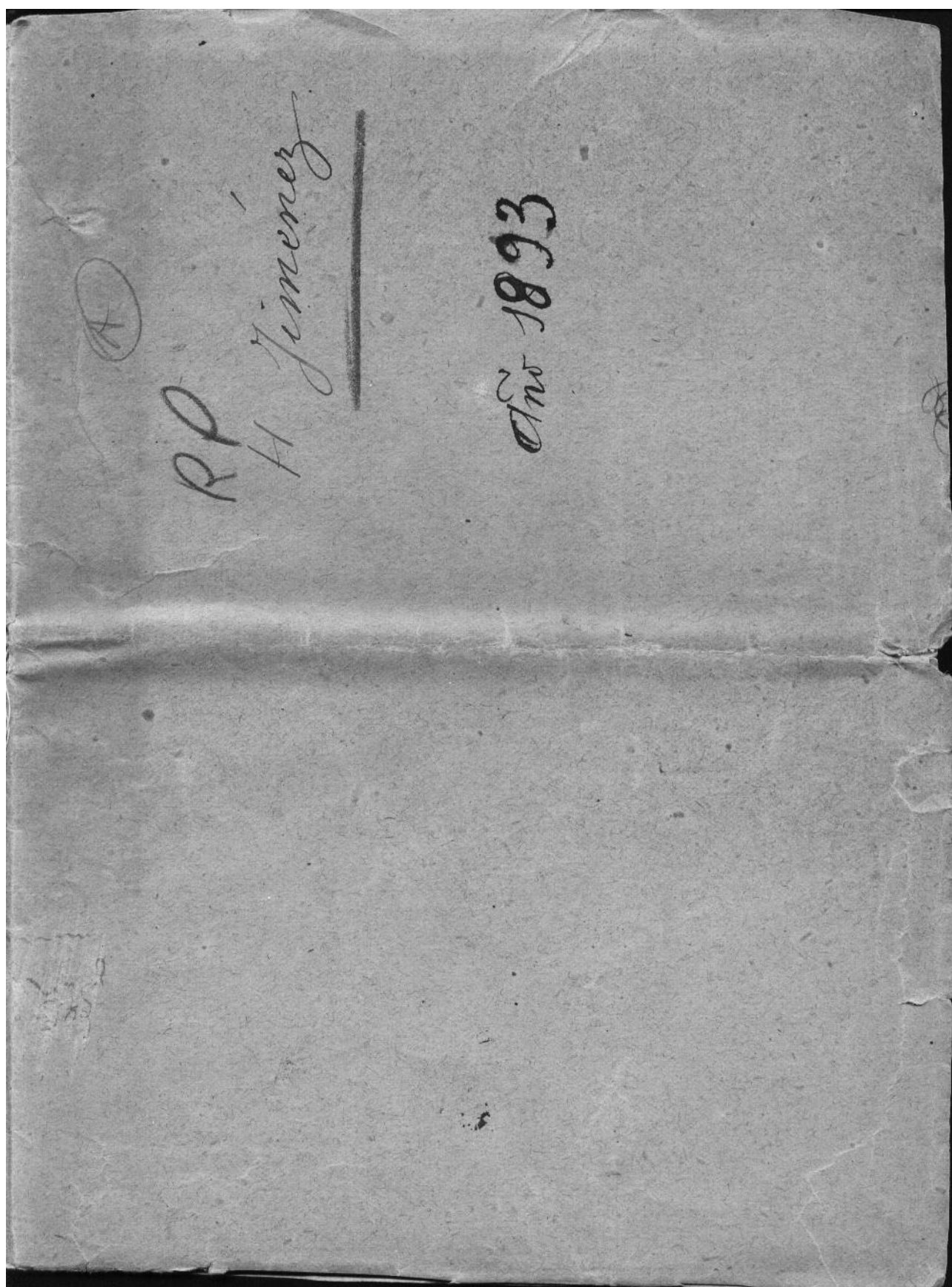
Presentación del documento

El presente escrito del Siervo de Dios es un folleto de papel de un tamaño de 11 x 16 cms., compuesto por cuatro hojas de papel blanco y una de color gris, dobladas a la mitad y cosidas en forma vertical, formando 16 páginas más la portada y contraportada. Está manuscrito en español. El Siervo de Dios escribió el presente documento en el año de su Noviciado, 1893. Se trata de un ejercicio propio, mediante el cual se hace una mirada retrospectiva, iluminada por la luz de la fe, percibiendo la historia personal como Historia de Salvación. De aquí que el contenido no es otro que la vida del Siervo de Dios desde su nacimiento hasta el año en que fue escrito, pero una vida en la que se ve la mano de Dios guiando sus decisiones para mostrarle el camino de la vocación. Dirigido el Curriculum por el Maestro, que en el caso que nos ocupa fue el P. J. Chávatte, con el que comenzó el Noviciado; lo concluyó con el P. F. Colloud.

El documento está dividido en tres partes más una oración inicial. En la oración inicial (pp. 1-2), pide luz para hacer la lectura de su vida, pide perdón por no haber sido fiel a Dios a lo largo de ésta y da gracias a Dios por las misericordias recibidas. A partir de la página 2 comienza el apartado primero, que llama *Antes de mi vocación* (pp. 2 - 8); en él narra su vida infantil en su pueblo de Alaejos (Valladolid), sus travesuras y alejamiento de la fe y frialdad religiosa; cómo ésta culmina en el año 1887 con la misión que en ese pueblo dieron los PP. Lorthioit y Negro, ambos Redentoristas, con los que se inició su conversión. A partir de la página 8 cuenta su proceso de conversión y el cambio que en su vida supuso la Misión, y cómo en él fue llevándole a una identificación con el Carisma Redentorista; los conflictos con su madre, que no le dejaba ingresar en la Congregación; como va a Nava del Rey a celebrar el primer centenario de la muerte de S. Alfonso; a este capítulo lo llama *Vocación* (p.8-13); a partir de 13 se desarrolla el último capítulo, cuyo contenido es la vida desde que ingresó en el Jovenado de El Espino, y lo titula *Después de la vocación* (p. 13); contiene dos apartados, el capítulo Jovenado y el Noviciado.

La narración nos presenta a una persona optimista y extrovertida, que ha de ir templándose poco a poco por medio de la oración para ir asumiendo el Espíritu Religioso. Quizás se muestre algo perfeccionista.

S.D. Donato Jiménez Bibiano, *Curriculum vitae*. Noviciado 1893, Portada



D. Jiménez

Curriculum vitae

I. M. J. A. E.

*«Misericordia Domini quia non
sum corruptus.
Misericordias Domini in eternum
cantabimus»*

Al tener que bosquejar mi vida diversos son,
¡Oh Jesús mío! los sentimientos que de mi alma se apoderan; mas entre todos es la alegría que sobrepasa:
¡Oh sí, contento indecible me embarga al ver llegada la ocasión para mi tan deseada de dar a'conocer
cuán grande liberalidad y extraordinaria misericordia ~~con~~ unís con los miserables y aún con los mis-
serables que inspiran mayor repugnancia y más indignos de piedad; ¡los ingratos! Innumerables
y extraordinarios son los favores de que vuestra bondadosa mano colmó a' mi alma; jamás
madre alguna por solícita y cariñosa que sea cuidó y se desveló tanto por su hijo como
Vos por mí lo hicisteis. Y lo que más me admira es q' considerar que mis horrendas y mon-
struosas ingratitudes no fueron parte a' impedirnos llover sobre mí beneficios y gracias. Y
¡quien es capaz de seguir favoreciendo a' una criatura que al amor que se le tiene responde

con menosprecios, ofensas y baldones? ¡Solo el amor escapaz de hacer eso, y el amor de un Dios! Antes ciego como estaba no lo veía, mas ahora son tantos los favores que imponible es no verlos; me hallo por todas partes rodeado de beneficios; á cualquier sitio que mire no veo más beneficios; beneficios al nacer, beneficios cuando niño, beneficios antes de mi vocación cuando me olvidaba de Dios, beneficios en la misma vocación y beneficios después en ella; mi vida no es más todo un tejido de beneficios, que han ido aumentando á medida que crecía. Y razón, muchísima razón tengo en alegrarme por tener ocasión, como ya dije, de ensalzar vuestra misericordia, manifestando aunque con la mayor brevedad, vuestros beneficios para conmigo, y de confundirme á mí mostrando las ingratitudes con que os respondí.

Pero antes ¡oh Jesús mío, yo os suplico de lo más íntimo de mi corazón que que iluminéis mi mente y abráis mi corazón para que todo lo diga con una sencillez y franqueza. ¡Vos, oh Madre mía María á quien este pequeño trabajo dedico, ayudadme — ¡P^{er} José, Padre mío ¡P^{er} Alfonso, Ángel Custodio y todos mis Santos Patronos, venid en mi socorro.

Para mayor claridad, he reserán los periodos en que dividiré mi vida:

I Antes de mi vocación — II La vocación misma — III Y después de mi vocación ó sea del ingreso en la Congregación.

I Antes de mi vocación — Nací el 25, de Marzo de 1843 en la villa de Alaejos, provincia de Valladolid; mis padres, Miguel Jiménez y Brígida Bibiano, expendedores de ferrocarril, de profesión, vivían bastante acomodadamente, estimados de todos por mi honradez y buenas costumbres. En premio de mi religiosidad, concediéndoles el Se-

por numerosa descendencia, pues tuvieron 6 hijos, de los cuales yo fui el último; a los 105 días fui bautizado, y recibí el nombre de Donato.

Tendría yo 4 años cuando el cielo quiso probarnos con un golpe terrible, con ^{una} pérdida inmen-
sa arrebatándonos el padre, principal y puede decirse, único apoyo de la familia; abandonados hubiéramos quedado si la madre secundada en parte por el hermano mayor, no hubiese sido toda orden para sostener la familia.

Respecto al padre me acuerdo que estubo varios días enfermo, y la víspera de su muerte se preparó bien a morir recibiendo los últimos sacramentos.

Entre tanto que tuviese la edad para ir a la escuela, mi madre con una de mis hermanas en especial, se cuidaban de enseñarme los pequeños prácticos de los niños, como perignarse, pedir la bendición a cuantos había en casa al acostarme y levantarme besándoles las manos; y cuando esto se me olvidaba, pronto me lo recordaban.

Entrado ya en los seis años comencé a ir a la escuela con un hermano mayor, si bien es verdad, más para jugar que para aprender porque era bastante travieso. De ahí a poco fui confirmado por el arzobispo de Valladolid; a esa misma edad sabía ya bastante discernir el bien del mal, y ya abrazaba este ~~se~~ arrastrado de malos compañeros.

Contaría 8 años cuando en llegada la cuaresma fui enviado a la Iglesia para asistir a la doctrina de los que se preparaban a la primera comunión y primera confesión; en ese año no fui juzgado digno de recibir ninguno de esos dos sacramentos. Durante el año siguiente me apliqué más y así es que llegada la cuaresma fui a la doctrina y ya pude hacer mi primera confesión; antes de hacerla, mi madre me preparó desde 3 días antes, enseñándome a hacer el examen y todo lo demás que se necesita para confesarse bien.

Seguí el año siguiente yendo a la escuela y cuando a ella no quería ir la madre con una hermana me perseguían y si era preciso una de las dos me llevaba a la fuerza a

la escuela; y a pesar de ese cuidado, a veces se la jugaba y faltaba a la escuela; tan pequeña y tanta era mi malicia y picardía! Pero no paró aquí mi malicia; arrastrado por los compañeros fui pervirtiéndome más y más, transgrediendo las órdenes de mi madre que me vedaba la amistad con tales amigos; los vicios o más bien las pasiones de la juventud comenzaron a hervir y a propagarse. Pero ¡oh admirable bondad de Dios! ¡oh misericordia infinita! A tanta ingratitud correspondisteis con mayores beneficios! ¡Qué cuidado, qué desvelos no os tomabais por la conservación de mi vida! Y ora mire al bien del alma, ora al del cuerpo, no descubro sino resgos maravillosos de vuestra providencia toda paternal! De cuantos peligros no me habéis arrancado! ¡Cuántas veces me vi a las puertas de la muerte! Recuerdo que un día estando junto al fuego, de repente me vino un vahido de cabeza y caí de bruces en él; en casa no había nadie; mas vuestra providencia ¡oh Dios mío, estaba allí presente y ayudado de ella yo caí sin sentido me levanté; di un grito, acude la madre y me encuentra con las manos únicamente lastimadas; todo lo demás del cuerpo y cara quedaba ileso.

Otra vez estaba tranquilamente a la puerta de casa, cuando de repente gritan «fuego, fuego» ayo temia al fuego más que a la muerte; y en es que apenas llegó el grito tan lastimero a mis oídos, el corazón pareció enojarse me de susto; mas gracias a la divina bondad esto no produjo ningún mal efecto, porque en seguida tal como estaba me condujeron a un pueblo distante de Alaejos 3 leguas, donde permanecí el tiempo que duró el fuego que fueron varios días.

Si contar quisiese uno por uno esos casos en que tan bien se echa de ver la providencia de Dios, sería para mí cosa acabar; porque ¡cuántas veces he caído y me han lastimado! ¡cuántas he caído y he estado a punto de caer de nuevo! ¡cuántas

se elevados y sin embargo nunca me hice nada; por qué? porque la Providencia velaba por mis vida.

Si esto hizo con respecto al cuerpo, qué no había obrado esa amable providencia con respecto al alma, joya mucho más preciosa y más amada de mi divino Corazón?

Mi corazón a pesar de ser tan joven, era todo de la tierra, no vivía más para el mundo; mis pensamientos, mis deseos y cuanto en mí había, era del mundo. Nunca jamás me ocurrió y ni se me ocurrió la idea de seguir la carrera del sacerdocio. Estando pues así olvidado aunque no completamente de Dios, porque asistía y gustaba de asistir a la Misa, Nuestro Señor Temerito tuvo a bien concederme un favor extraordinario y que no a todos concede.

Acababa de cumplir los 10 años cuando fui enviado a la doctrina que solía hacer el párroco cada año; en esta ocasión fue cuando Dios me concedió la gracia singularísima y extraordinaria de poder hacer mi primera comunión. ¡Oh qué alegría experimentó mi alma, pero obstante no comprendí bien lo que iba a hacer, ya no pensaba en otra cosa y ni casi hablaba de otra cosa en los días anteriores a mi comunión que del acto grande que iba a hacer. Llegada la vigilia mi madre trató de prepararme lo mejor que podía. Me acuerdo que ese día fue para mí felicísimo; acerqueme pues a recibir al Señor confesor y después estuve media hora en acción de gracias; acabada la cual fuime a casa y de rodillas pidi perdón a mi madre besándola las manos; lo mismo hice después con los de la familia. Por la tarde, creo, o en la misma mañana seguido de otros compañeros me encaminé a la Hermita de N. S.^a de la Carita que está a un 1/4 de legua poco más o menos del pueblo, a dar gracias a la S.^{ma} Virgen por el grandísimo beneficio que poco antes recibiese.

Más pronto arrastrado por malas compañías olvideme de acto tan

solemne y se refrenó, aunque no se extinguió, el fervor de mi primera comunión. Volví pues, á mis antiguos travesuras, con la diferencia de que ahora eran mayores; y á medida que iba creciendo iban estas aumentando; frecuentaba menos la iglesia y más otros lugares malos.

Tendría 13 años cuando entré de lleno en la vía de perdición; ohar el mal se diría que eran mis delicias; pocos ó ningún lugar malo había á que me pudiese con gusto; casinos, billares, teatro, bailes públicos y privados, paseos todo lo corría; aquí veía cosas feas, allí oía conversaciones arquerosas, y lo peor que se me pegaba mucho; y cuando no ~~las~~ había á lo, manos estas ~~conversaciones~~ ocasiones las buscaba, y con gusto á ellas me entregaba. La mayor parte de estas cosas eran desconocidas á mi madre, que jamás me hubiera permitido salir de casa, si hubiese llegado á saber cuanto yo hacía. Todo esto parecía fuera de casa; pero aun dentro de ella escapando á la vigilancia de mi madre hacía yo mucho, muchísimo mal. Vivía con nosotros una Señora vieja y ciega; cada vez que tenía que salir de casa, me encargaban á mí de conducirla; esto era para mí un tormento, y fue esto causa de que yo cometiese muchísimo pecado de toda clase. ¿Qué ingratitud y qué malicia la mía! Dios me proporcionaba una ocasión tan favorable para atesorar mérito para el cielo y yo me serví de ella para ofenderle! y para amontonar tormentos para el infierno. ¡Oh misericordia infinita! como no os sacáis de este villísimo pecador? ¿Cómo sufráis á criatura tan ingrata y rebelde? ¿Por qué cultivabais con tanta profusión de gracias y favores una tierra tan estéril? ¿Qué os movía á no cortar el tenue hilo de mi existencia para ir á pagar en el infierno lo que tan bien merecían mis culpas? Vuestro amor por conmigo era grande, y esto es lo que os movió á usar de misericordia. — Y tú alma mía ¿qué dices? ¿seguirás siendo ingrata para con un Dios tan amable y tan bueno? Agradece, sí, agradece á ese buen

Dios lo que por ti ha hecho; jamás podrías agradecerle bastante por mucho que tú hagas.

Sin embargo de ser yo tan malo y de hallarme rodeado de tanto mal, jamás creí, dije pasar día sin encomendarme a María Santísima, y esta fue mi salvación y la que obtuvo la mano de Dios que debía castigarme; esta la que velaba noche y día por mí con mayor solícitud que mi propia madre, esta, en fin, la que quiso favorecerme a mí, a varios de mis compañeros y a todo el pueblo con el mayor de los beneficios.

Corrían los principios del año 1887 cuando dos Padres Redentoristas, P. P. Negro, R. P. Lorthioit fueron a alago a predicar una misión; apenas lo vi senti un movimiento en mi corazón de que por de pronto no hice caso. Asistí todos los días sin falta a los ejercicios de la misión; desde un principio fui muy conmovido. Sentía un atractivo especial hacia esos Padres y cuanto más los veía más iba aumentando ese atractivo; así es que todas las mañanas me levantaba pronto para poder ayudarlos a misa, lo cual a veces no conseguía sino tras algunas pellas. Siempre estaba en la Iglesia ayudándolos en cuanto podía y siguiéndolos cuando por doquier fuesen; me acuerdo que un día siguiendo al R. P. Lorthioit le importunándole para que me diera una hoja de cántico me dio un bofetón pero con mucho cariño, al cual siguió la hoja de cánticos.

Llegado el día de confesión, me fui con el párroco de 4^{to} Pedro porque los P. P. nos conferaban los niños, y al día siguiente antes de comulgar me reconcilié con el R. P. Lorthioit. Cuanto más estaba con ellos, más me gustaban.

Entre las cosas que más me conmovieron, fueron el alumbrado con el sermón que ese mismo día predicó el P. P. Negro, y el cuadro de la Virgen del Perpetuo Socorro.

A los 15 días dió fin a la misión; ningún indicio de vocación aparecía en mí; sin embargo estaba convertido; y el bondadoso Dios que veía a tantos peligros estaba expuesto,

Misión

y aún presto las buenas disposiciones que tenía, vendrían á desaparecer y convertirse en las antiguas disoluciones, quiso en su bondad arrancarme de las furiosas olas del mar tempestuoso del mundo, y conducirme al puerto seguro de su casa. ¡Oh buen Dios! así castigáis las injurias y baldones hechos á nuestro corazón amante. 'ese es el castigo que infringís al que merece ser pisoteado de los demonios! ¡Ay! y qué diferentes son vuestros juicios de los del hombre! Naturalmente parece que debierais premiar y amar con predilección al fiel servidor y rechazar y castigar al criminal! Pero no, no es así, vos mismo lo habéis dicho: en Vine á salvar no á los justos sino á los pecadores! Cuánto más jóvenes y mucho menos culpables que yo, no han sido precipitados en las llamas eternas! Cuántos inocentes jóvenes y mucho mejores que yo han sido quedado en medio de ese peligro lleno de escollos y peligros! Nadie más indigno que yo de misericordia; y con todo me supisteis largo tiempo y lo que es más de admirar, me elegisteis para ser uno de vuestros más predilectos! ¡Oh misericordia infinita de un Dios! bendito, sí, y mil veces sea, que tales cosas sabéis obrar! mas, de qué modo tan maravilloso!

II Vocación Desde algún tiempo me había desviado de los malos compañeros y había trabado amistad con un chico muy bueno, sacristán de la parroquia de San Pedro, quien me confiaba sus secretos. Un día me dijo: ¿sabes que yo voy á solicitar la entrada en la Congregación del Santísimo Redentor? ¡Eficionéme desde entonces más y más á él y siempre andábamos juntos, no pareciendo sino hermanos.

Pensando un día con mayor atención en la resolución de mi amigo, por divina Providencia, ocurriame este pensamiento: ¡qué buena vocación ha escogido y no podría yo hacer lo mismo? Apenas nos encontramos le dije que yo le seguiría y nuestra dicha fue completa.

Teniendo que venir la madre de mi compañero a la Hara para estar con los P. R. P. R. le dije hiciere el favor de pedir a los P. R. me admitieran y así lo hizo.

Pasaron algunos días y yo se lo comuniqué a algunas personas españolas que eran muy buenas y que más tarde me ayudaron mucho para la consecución de mi resolución. De mi familia nadie sabía nada, ni lo sospechaban.

Por fin un día, después de encomendarme a María I^{ma} resolví comunicarlo a mi madre a solas; en un principio ni siquiera hizo caso; pero cuando vio que yo persistía en mi resolución y que la cosa era seria, se opuso fuertemente a mi determinación alegando que yo era el más pequeño y que tenía que ser un sosten y el título de su vejez. Yo no dije más por entonces; pero empecé una vida del todo nueva. Todas las mañanas lo primero que hacía era irme a la Iglesia, ayudar a muchas misas podía y después quedaba como una media hora o $\frac{3}{4}$ de hora rezando mis devociones entre las cuales estaba mi rosario cotidiano a la Virgen del Perpetuo Socorro cuyo cuadro se hallaba expuesto en el altar mayor; y es de advertir que desde la misión nunca o casi nunca me dirigí a otra imagen de María. No era yo solo el que encomendaba a María I^{ma} mi vocación sino también varias personas muy buenas de esas a quienes por su piedad se las llama por desprecio, beatas.

En casa de una de estas señoras me encontraba muy a menudo y por cierto que allí aprendí muy buenas cosas; entre otras a confesarme cada 8^o y 9^o días y comulgar los domingos y demás fiestas, a persistir en mi resolución cueste lo que me costare. Dije a esta señora que mi madre se oponía a mi vocación y ella habló con mi madre después de encomendar al negocio a María I^{ma}.

Era entonces el mes de Mayo y es costumbre hacer novenas a la Virgen

de la Hermita y yo hice una en compañía de varias señoras; un día de la Novena supimos que los misioneros iban a venir a hacer una visita al pueblo; salido esto nos pusimos hecha la novena; en camino para salir al encuentro a los misioneros. Apenas los divisamos, echamos a correr y yo llegué el primero; saludado que hubo a los R. P. P. P. Donthioit y Negro; seguí corriendo al encuentro del R. P. Blanquied que no conocía y por salud me dió un bofetón; pronto le abandoné y me acogí al P. Negro a quien no volví hasta llegar al pueblo.

Llegados allí no los dejé un momento; entrando los Padres a visitar la Iglesia de S^{ta} María yo me hallaba a la puerta; apenas me percibió el P. Negro dijo dirigiéndose al Padre Blanquied: «Este quiere venir con nosotros» a que replicó: «¿De dónde?», mis narices son muertas, agarráronme al mismo tiempo por ellas.

Transcurrido algún tiempo volví a recordar a mi madre la resolución que había tomado; esta vez me oyo con gusto y pareció acoger con mi determinación. María Santísima había tocado su corazón!

Mar he aquí que un obstáculo imprevisto, una dificultad grande y que daba que temer, se presenta y hace titubear a mi madre, a saber: la falta de recursos para poder pagar todo lo año. Pero ¿qué valen todos los obstáculos cuando María S^{ma} se halla de por medio? Pronto, muy pronto se desvaneció la dificultad; porque los padres escribieron al Arzobispo para que pasara recado a la madre entregándole al mismo tiempo un papel en que se encontraba cuando debían llevar los que no podían pagar.

No es todo; aun quedaba por vencer el mayor y más terrible impedimento, y el bendito Sr. José se encargó esta vez de superarlo.

Tenía yo un padrastro no muy bueno con quien a menudo luchaba; blasfemaba mucho y apenas yo le vía me volvía a él y le reprendía y a veces casi llorando; el leño de hacerme caso se ensañaba conmigo, prohibiéndome frecuentar tanto la iglesia y ejecutar otras buenas acciones; no por eso me acobardaba más que seguía como antes aunque fuese que pasara malos ratos. Llegó a mis oídos no sé cómo, que yo iba a ser religioso; ¡ah entonces se puso como un tigre conmigo, me dijo que no, no me dejaría; ¿qué no le decía yo, venenoso.

Entre tanto mi madre accediendo a mis instancias, me preparaba oculta-mente la ropa; y cuando el padrastro faltaba de casa (que era bastante a menudo) mi madre impulsada por mis andares, dio los pasos que eran necesarios.

Pasado algún tiempo yo mismo con muy buenos modales comuniqué al padrastro mi firme resolución de marcharme, a fin de que me diera licencia; él duro como una piedra no se mueve y persistió en su negativa. Sabedora de esto una buena persona me dijo: ten confianza, hijo, que Sr. José te ayudará. Entonces me aconsejó hacer una novena a ese benditísimo y para mi inolvidable Santo, y al efecto me dio un libro a mí, a otros compañeros míos. Comenzamos pues, la novena ambos poniendo delante del Santo dos cirios. Desde el primer día el santo se mostró conmigo muy favorable, porque mi madre y hermanos estaban más resueltos a favorecerme; por entonces también me inspiró una grande devoción a Sr. Teresa la que siempre he conservado; también por entonces me aficioné a V. P. Sr. Alfonso.

Dé fin a la novena y termináronse las pellas; Sr. José me había oído y he-

hía conmovido el corazón de mi padrastro. Mi contento fue increíble; desde entonces cobré un cariño extraordinario a este santo; fue para mí un verdadero padre, y el más estimado después de María Santísima.

Fuice por entonces una visita a los P. P. acompañado de oho, a pie; en ella le dijimos al P. P. Lothioit que estábamos resueltos; que cuando hubiéramos de partir, j'el no contestó que arreglaría todo con el P. P. Director del Opino. Los días se me hacían muy largos; los demás chicos me imitaban, yo no hacía caso; en el mes de Junio me inscribí en la asociación del Sagrado Corazón de Jesús.

Cocinamos al fin de ese mes cuando mi madre juntamente con las de mis compañeros, es llamada a casa del arcipreste, quien los ^{a todos} comunica la orden de que se presenten ^{con nosotros} ~~caravanas~~ en el convento de la Nava para ser examinados. Al día siguiente partimos, y llegando allá nos examinan los P. P. P. P. Demoulet, Negro y Blanquid y nos admiten diciéndonos que ya avisarán cuando hayamos de marchar.

La víspera de 9^{ta} Alfonso nos juntamos los 4 que debíamos entrar en la Congregación para ver que habíamos de resolver: si marchar la misma noche ó a día siguiente (o decir el mismo día de 9^{ta} Alfonso) para celebrar la fiesta del que había de ser nuestro padre; era tanto nuestro deseo de ir a la Nava que no pudimos esperar al día siguiente; j'or preparadas lo que habíamos de necesitar, la misma noche de la víspera de 9^{ta} Alfonso, partimos los 4 a las 9 de la noche en dos caballerías. Las 11^{1/2} daban cuando llegamos a la Nava; metimos en una casa las caballerías, y sin aguardar más nos encaminamos al convento; como era de esperar, este se hallaba cerrado; j'esto no obstante, nos echamos a la puerta sobre las piedras donde pasamos la noche, suspirando por que llegase la aurora.

En fin llegada ya y abierta la Iglesia, entramos y nos preparamos a confesión lo que ejecutamos con el R. P. Negro; después comulgamos; todo el día se puede decir que lo pasamos en el convento asistiendo a cuantas funciones se celebraron; muy entrada estaba la noche cuando salimos de la Trave.

III Después de la vocación

Por fin llegó el día tan deseado, esto es el 14 de Setiembre 1894; abandoné el pueblo y la familia con grandísimo contento; tanto fue así que los que iban apostamos a ver quien lloraba primero y ninguno lloró; y ni aun al tiempo mismo de subir al tren, momento por cierto terrible por los ataques.

Al apartarme del tren en Páncabo me puse algo triste al ver la novedad de un país extraño; pronto, muy pronto desapareció con mi llegada al Espino.

Apenas me encontré entre los juvenistas, todo era felicidad para mí, al Jovenado ver mi amabilidad y cariño; cualquiera extraño que me hubiese visto entonces habría creído que era un antiguo juvenista, porque no sólo no me acordé más que conversaba y jugaba con los juvenistas como si me fuesen muy conocidos; y más tarde algunos de entre ellos me lo recordaron.

En los cinco años que permanecí en el Espino tuve por lectores a los R. P. D. T. (1) ^{Director} (2) Becker (3) Collond y ~~Herrero~~ (4) Schlicker (5) Celestino.

En el primer año lo único que he notado es que entonces empecé a amar de veras a María Luchina y así se comprende como yo no haya sido despreciado como otros muchos mejores que yo; y se valieron en ese primer año de mi amor; y lo que más es de admirar y en donde más resplandeció el cuidado y solicitud que de mí tenía era queridísima Madre mía es en el método que se valió para darme la vocación R. Señor de un compañero mío, muy bueno llamado Vellos, y después que hubo lo que sigue:

cumplido con su misión, salió del noviciado por enfermedad, siendo muy bueno y de mucho talento. ¡Oh Dios mío! cuán incomprensibles son vuestros juicios e investigables vuestros caminos! A mí muchísimo peor que otros y de menor talento me conservais y a otros de quien se esperaba mucho, los echais.

En el segundo año, movido por una lectura de mi A. P. Director sobre M^{ra} José tomé a peschos honras a este Santo todos los días de mi vida y fueron muchísimas las gracias que ^{me} concedió; raro, rarísimo fue el día en que en lo sucesivo dejase de honrar, rezar mi rosario, por entonces ya sabía rezar en lo bien por libros algunos momentos para pasarlos con el 4^{to} Sacramento.

En el tercer año el demonio que hasta entonces parecía haber permanecido tranquilo comenzó a declararme cruel guerra con tentaciones; pero gracias a Dios tenía un buen recurso con María Gloria a quien acudía y con el mi amadísimo A. P. Director con quien tenía grande confianza y a quien declaraba todo; por entonces fue cuando puse verdaderosimientos en la devoción a María Gloria y durante los 3 años siguientes, el sábado era para mí un día de felicidad; en él rezaba mis 3 rosarios con más fervor y hacía otras pequeñas prácticas.

En los dos años siguientes no hay de nada de particular, sino los ardientes deseos que tenía de venir al Noviciado. Al fin del último año N. Señor que veía cuán grande y formidable era mi amor propio, quiso como caritativo Padre darme un remedio, y por eso permitió que fuese humillado; era decano y algo descontento de mí algunos superiores, por quienes perdono de todo mi corazón; me acusaron de ciertas cosas (que ni eran verdaderas Dios lo sabe) por cuyo motivo tuve un grande capítulo y fui quitado de decano.

No me dió nada en un principio porque se lo ofrecí a N. Señor, pero después ya lo sentí. ¡Ay
ojalá, yo lo hubiese sufrido mejor! ¡Qué ocasión y más buena para prepararme al Noviciado!
¡Qué loco y cuán pegado a mi amor propio me maté!

A mi salida del Jovenado, si algo sentí fue mi separación de mi amado Padre Director y del profesor R. P. Celestino.

Entré en el noviciado el 12 de Agosto de 1892; los primeros días alguna ^{Noviciado} tristezas, pero muy pronto desapareció; si días tuve felices fue en especial el de mi toma de hábito. Los 5 primeros meses fueron para mí muy malos; sentía gusto y atractivo para todos mis ejercicios; el demonio me dejaba tranquilo; en ese tiempo cobré una devoción tierna y filial a N. S. en el Santísimo Sacramento y a María Santísima; cobré también un odio muy grande al pueblo y al convento; y tener que ir a este era mi mayor tormento. Los tiempos libres generalmente los pasaba en la capilla y los días ordinarios apenas me bastaban para acabar mis devociones; pasaba cuartos de hora, medías horas delante del Santísimo o de María Santísima; la meditación me gustaba; el recogimiento y el andar en presencia de Dios eran mis delicias; me sentía con sed de humillaciones, las pedía a N. Señor y a mi R. P. Maestro; y cuando las tenía estaba contento y por cierto había en ello alguna satisfacción del amor propio.

En una palabra, el noviciado me parecía cosa muy fácil.

Pero llegado el mes de Febrero, las cosas todas cambiaron de aspecto; Nuestro Señor retiró su mano de mí y se alejó; vino entonces el demonio con tentaciones impuras a las que tenía una repugnancia a todo, un horror espantoso, que más quisiera sufrir un martirio en mi cuerpo que sentir tales cosas.

Cualquier cosa que me pasara, frente á ese vicio, quedaba inbanguilo hasta haberlo puesto en conocimiento de mi R. P. Maestro. Rezaba y más rezaba y no se me marchaba la tentación; entonces me venia la desconfianza; seguíanse después un tropel de pensamientos; tales como: ¿qui estare en gracia de Dios, si habré consentido, si estare abandonado de Dios, será yo la causa de esto por mis pecados e infidelidades. Acudía entonces á N. Señor, á María Santísima, á S. José y á los santos, y todos parecían sordos. El gusto de la oración se me quitaba, y caní me parecia un suplicio porque allí me venian sobre poderosos pensamientos. Me venian tambien momentos de tedio y de fastidio como tambien estos dos pensamientos. Comiente y todo desaparecía, y salí y te verás libre. Todo esto lo rechazaba y prometia á N. Señor de jamás hacerlo, y de antes morir.

Después de algún tiempo me fué volviendo algo la calma, si bien aun no me he visto libre de tentaciones; comprendí cuan bueno es el tener tentaciones y daba gracias á N. Señor de haberme las enviado por el bien que obraron en mi alma; pues estas me obligaron á trabajar á mi santificación sin las cuales hubiera estado en una seguridad y paz fatales. Las tentaciones me han arraigado fuertemente en mi vocación y me han comunicado un ánimo, valor muy grande para vencer todos los obstáculos que se me opongan en mi camino; tambien han sido causa de aumentar mi fervor. En este momento respiro y muy ardientemente por verme consagrado con los votos á N. Señor, y á con ellos atado á mi Orden de la Congregación.

Bendito seas, Oh Jesús mío, que así saléis zacar bien del mal. Gracias os sean dadas, á Dios mi Dios! á mi queridísima Madre María S. M., á mi Padre S. P. José S. P. Alfonso y demás Caballeros por cuanto habéis hecho por mí. Dios será cuanto por Vos y por María haga, pero eso aceptadlo unido á mi corazón y á mi ser. Para siempre será vuestro y hasta la muerte os quedare fiel. Mas preciso es que ambos me ayudéis porque esto yo no lo puedo hacer sin vuestros socorros. Ayudadme pues. Guardadme muy bien (oh mala mía, ahí en vuestro corazón. Así lo espero. (D. Jiménez 6 19 93)

[Trascripción del documento]

F. Jiménez¹

Currículo vita

J.M.J.A.T.

“Misericordia Domini quia non sum camsumptus.

Misericordias Domini in aeternum cantabo”.

Al tener que bosquejar mi vida diversos son, ¡Oh Jesús mío! Los sentimientos que de mi alma se apoderan; mas entre todos es la alegría que sobresale: ¡Ah sí, contento indecible me embarga al ver llegada la ocasión para mí tan deseada de dar a conocer de cuan grande liberalidad y extraordinaria misericordia aun usáis con los miserables y aún con los miserables que inspiran mayor repugnancia y más indignos son de piedad, ¡los ingratos! Innumerables y extraordinarios son los favores de que vuestra bondadosa mano colmó a mi alma; jamás madre alguna por solícita y cariñosa que sea cuidó y se desceló por su hijo como Vos por mí lo hicisteis. Y lo que más me admira es considerar que mis horrendas y monstruosas ingratitudes no fueron parte a impediros llover sobre mí beneficios y gracias. Y ¿Quién es capaz de seguir favoreciendo a una criatura que al amor que se le tiene responde con² menosprecios, ofensas y baldones? ¡Sólo el amor es capaz de hacer eso, y el amor de un Dios! Antes ciego como estaba no lo veía, más ahora son tantos los favores que imposible no verlos; me hallo por todas partes rodeado de beneficios; a cualquier sitio que mire no veo sino beneficios; beneficios al nacer, beneficios cuando niño, beneficios antes de mi vocación, cuando me olvidaba de Vos, beneficios en la misma vocación y beneficios después en ella; mi vida no es sino todo un tejido de beneficios, que han ido aumentando a medida que crecía. Y razón, muchísima razón tengo en alegrarme por tener

¹ Página 1

² Página 2

ocasión, como ya dije, de ensalzar vuestra misericordia, manifestando, aunque con la mayor brevedad, vuestros beneficios para conmigo, y de confundirme a mí mostrando las ingratitudes con que os respondí.

Pero antes ¡Oh Jesús mío, yo os suplico de lo más íntimo de mi corazón que que iluminéis mi mente y abráis mi corazón para que todo lo diga con suma sencillez y franqueza! Y Vos, ¡Oh Madre mía María a quien este pequeño trabajo dedico, ayúdame!. Sn. José, Padre mío Sn. Alfonso, ángel Custodio y todos mis Santos Patronos, venid en mi socorro.

Para mayor claridad, tres serán los periodos en que dividiré mi vida: I. Antes de mi vocación.- II. La vocación misma.- III. Y después de mi vocación o sea del ingreso en la Congregación.

I. ANTES DE MI VOCACIÓN.

Nací el 21 de marzo de 1873 en la villa de Alaejos, provincia de Valladolid; mis padres, Miguel Jiménez y Brígida Bibiano, expendedores de frescos, vinos, de profesión, vivían bastante acomodadamente, estimados de todos por su honradez y buenas costumbres. En premio de su religiosidad, concedióles el Señor³ numerosa descendencia, pues tuvieron 6 hijos, de los cuales yo fui el último; a los cuatro ó 5 días fui bautizado y recibí el nombre de Donato. Tendría yo 4 años cuando el cielo quiso probarnos con un golpe terrible, con una pérdida inmensa arrebatándonos el padre, principal y puede decirse único apoyo de la familia; abandonados hubiéramos quedado si la madre secundada en parte por el hermano mayor, no hubiese sido toda el ardor para sostener la familia.

Respecto al padre me acuerdo que estuvo varios días enfermo, y la víspera de su muerte se preparó a bien morir recibiendo los últimos sacramentos.

³ Página 3

Entre tanto que tuviese la edad para ir a la escuela, mi madre con una de mis hermanas en especial, cuidaban de enseñarme las pequeñas prácticas de los niños, como persignarme, pedir la bendición a cuantos había en casa al acostarme y levantarme besándoles las manos; y cuando esto se me olvidaba, pronto me lo recordaban.

Entrado ya en los seis años comencé a ir a la escuela con un hermano mayor, si bien es verdad, más para jugar que para aprender porque era bastante travieso. De ahí a poco fui confirmado por el Arzobispo de Valladolid; a esa misma edad sabía ya bastante discernir el bien del mal, y ya abrazaba este arrastrado de malos compañeros.

Contaría 8 años cuando llegada la cuaresma fui enviado a la Iglesia para asistir a la doctrina de los que se preparaban a la primera comunión y primera confesión; en ese año no fui juzgado digno de recibir ninguno de los dos sacramentos. Durante el año siguiente me apliqué más y así es que llegada la cuaresma fui a la doctrina y ya pude hacer mi primera confesión; antes de hacerla, mi madre me preparó desde 8 días antes, enseñándome a hacer examen y todo lo demás que necesitaba para confesarme bien.

Seguí el año siguiente yendo a la escuela y cuando a ella no quería ir la madre con una hermana me perseguían y si era preciso una de las dos me llevaba a la fuerza a la⁴ escuela; y a pesar de ese cuidado, a veces se la jugaba y faltaba a la escuela. ¡Tan pequeño y tanta era mi malicia y picardía! Mas no paró aquí mi malicia; arrastrado por los compañeros fui pervirtiéndome más y más, transgrediendo las órdenes de mi madre que me vedaba la amistad con tales amigos; los vicios ó más bien las pasiones de la juventud comenzaron a hervir, y a propagarse. Mas ¡oh admirable bondad de Dios! ¡Oh misericordia infinita! ¡A tanta ingratitud correspondisteis con mayores beneficios! ¡Qué cuidados, qué desvelos no os tomabais por la conservación de mi vida! Y ora mire el bien del alma, ora al del cuerpo, no descubro sino rasgos maravillosos

⁴ Página 4.

de vuestra providencia toda paternal! ¡De cuantos peligros no me habéis arrancado! ¡Cuántas veces me ví a las puertas de la muerte! Me recuerdo que un día estando junto al fuego, de repente me vino un vahído de cabeza y caí de bruces en él; en casa no había nadie; mas vuestra providencia, ¡Oh Dios mío! Estaba allí presente y ayudado de ella yo casi sin sentido me levanté; di un grito, acude la madre y me encuentra con las manos únicamente lastimadas; todo lo demás del cuerpo y cara quedaba ileso.

Otra vez estaba tranquilamente a la puerta de casa, cuando de repente gritan “fuego, fuego”. Yo temía al fuego casi más que a la muerte; y así es que apenas llegó grito tan lastimero a mis oídos, el corazón pareció encogerse de susto, mas gracias a la divina bondad esto no metió ningún mal efecto porque en seguida tal como estaba me condujeron a un pueblo distante de Alaejos 3 leguas, donde permanecí el tiempo que duró el fuego que fueron varios días.

Sin contar siquiera uno por uno esos casos en que tan bien se echa de ver la providencia de Dios, sería para nunca acabar; porque ¿Cuántas veces he reñido y me han lastimado? Cuántas he caído y he estado a punto de caer de alturas bastante⁵ elevadas y sin embargo nunca me hice nada ¿Por qué? Porque la Providencia velaba por mi vida.

Si esto hizo con respecto al cuerpo ¿Qué no habrá obrado esa Amable Providencia con respecto al alma, joya mucho más preciosa y más amada de su Divino Corazón? Mi corazón a pesar de ser tan joven, era todo de la tierra, moriría sino para el mundo, mis pensamientos, mis deseos y cuanto en mí había, era del mundo. Nunca jamás me ocurrió y ni se me sugirió la idea de seguir la carrera del sacerdocio. Estando pues así olvidado, aunque no completamente, de Dios (porque asistía y gustaba de asistir a la Iglesia) Nuestro Señor Jesucristo tuvo a bien concederme un favor extraordinario y que no a todos concede.

⁵ Página 5

1ª Comunión.- Acababa de cumplir los 10 años cuando fui enviado a la doctrina que solía hacer el párroco cada año; en esta ocasión fue cuando Dios me concedió la gracia singularísima y extraordinaria de poder hacer mi primera comunión. ¡Oh qué alegría experimentó mi alma (no obstante no comprender bien lo que iba a hacer) ya no pensaba en otra cosa y ni casi hablaba de otra cosa en los días anteriores a mi comunión que el acto grande que iba a hacer. Llegada la víspera mi madre trató de prepararme lo mejor que podía. Y me acuerdo que ese día fue para mi felicísimo; acerqueme pues a recibir al Señor con fervor y después estuve media hora en acción de gracias; acabada la cual fuime a casa y de rodillas pedí perdón a mi madre besándola las manos; lo mismo hice después con los de la familia. Por la tarde, creo, o en la misma mañana seguido de otros compañeros me encaminé a la Hermita de N. Sr. De la Casita que está a $\frac{1}{4}$ de legua poco más o menos del pueblo, a dar gracias a la Sma. Virgen por el grandísimo beneficio que poco antes recibiera.

Mas pronto, arrastrado por malas compañías olvideme de acto tan solemne⁶ y se resfrió, aunque no se extinguió, el fervor de mi primera comunión. Volví pues a mis antiguas travesuras, con la diferencia de que ahora eran mayores; y a medida que iba creciendo iban estas aumentando; frecuentaba menos la iglesia y más otros lugares malos.

Tendría 13 años cuando entré de lleno en la vida de perdición; obrar el mal se diría que eran mis delicias; pocos o ningún lugar malo había a que no acudiese con gusto; casinos, billares, teatro, bailes públicos y privados, paseos, todo lo corría; aquí veía cosas feas, allí oía conversaciones asquerosas, y lo peor que se me pegaba mucho; y cuando no había a las manos estas ocasiones las buscaba, y con gusto a ellas me entregaba. La mayor parte de estas cosas eran desconocidas a mi madre, que jamás me hubiera permitido salir de casa, si hubiese llegado a saber cuanto yo hacía. Todo esto pasaba fuera de casa; peor aún dentro de ella escapando a la vigilancia de mi madre

⁶ Página 6

hacía yo mucho, muchísimo mal. Vivía con nosotros una Señora vieja y ciega; cada vez que tenía que salir de casa, me encargaban a mi de conducirla; esto era para mí un tormento, y fue esto causa de que yo cometiese muchísimos pecados de toda clase. ¡Qué ingratitud y qué malicia la mía! Dios me proporcionaba una ocasión favorable para atesorar méritos para el cielo y yo me serví de ella para ofenderle! Y para amontonar tormentos para el cielo. ¡Oh misericordia infinita! ¿Como no os cansabais de este vilísimo pecador? ¿Cómo sufríais a criatura tan ingrata y rebelde? ¿Por qué cultiváis con tanta profusión de gracias y favores tierra tan estéril? ¿Qué os movía a no contar el tenue hilo de mi existencia para ir a pagar en el infierno lo que tan bien merecían mis culpas? Vuestro amor para conmigo era grande, y esto es lo que movió a usar de misericordia. Y tú alma mía ¿qué dices? ¿seguirás siendo ingrata para con un Dios tan amable y tan bueno? Agradece, sí, agradece a ese buen Dios⁷ lo que por ti ha hecho; jamás podrás agradecersele bastante, por mucho que tu hagas.

Sin embargo de ser yo tan malo y de hallarme rodeado de tantos males, jamás creo, dejé pasar un día sin encomendarme a María Santísima, y esta fue mi salvación y la que detuvo la mano de Dios que debía castigarme; esta la que velaba noche y día por mí con mayor solicitud que mi propia madre, esta, en fin, la que quiso favorecerme a mí, a varios niños compañeros y a todo el pueblo con el mayor de los beneficios.

Corrían los principios del año 1887 cuando dos Padres Redentoristas, R.P. Negro y R.P. Lorthioit fueron a Alaejos a predicar una misión; apenas los vi sentí un no sé qué en mi corazón de que por de pronto no hice caso. Asistí todos los días sin falta a los ejercicios de la misión; desde un principio fui muy conmovido. Sentía un atractivo especial hacia esos Padres y cuanto más los veía, más iba aumentando ese atractivo; así es que todas las mañanas me levantaba pronto para poder ayudarlos a misa, lo cual a veces conseguía sino

⁷ Página 7

tras algunas peleas. Siempre estaba en la Iglesia ayudándolos en cuanto podía y siguiéndolos por doquier fuesen; me acuerdo que un día siguiendo al R.P. Lorthioit e importunándole para que me diera una hoja de cánticos me dio un bofetón pero con mucho cariño, al cual siguió la hoja de cánticos.

Llegado el día de confesión, me fui con el párroco de Sn. Pedro porque los PP. No confesaban los niños, y al día siguiente antes de comulgar me reconcilié con el R.P. Lorthioit. Cuanto más trataba con ellos, más me gustaban.

Entre las cosas que más me conmovieron, fueron el alumbrado con el sermón que ese mismo día predicó el R.P. Negro, y el cuadro de la Virgen del Perpetuo Socorro.

A los 15 días diose fin a la misión; ningún indicio de vocación aparecía en mi; sin embargo estaba convertido; y el bondadoso Dios que veía a cuantos peligros estaba expuesto y⁸ cuan presto las buenas disposiciones que tenía, vendrían a desaparecer y convertirse en las antiguas disoluciones, quiso en su bondad arrancarme de las furiosas olas del mar tempestuoso del mundo, y conducirme al puerto seguro de su casa. ¡Oh buen Dios! Así castigáis las injurias y baldones hechos a vuestro corazón amante ¡ese es el castigo que infringís al que merecía ser pisoteado de los demonios! ¡Ay! Y que diferentes son vuestros juicios de los del hombre. ¡Naturalmente parece que debierais premiar y amar con predilección al fiel servidor y rechazar y castigar al criminal! Pero no, no es así, vos mismo lo habéis dicho: “Vine a salvar no a los justos sino a los pecadores” ¡Cuanto más jóvenes y mucho menos culpables que yo, no han sido precipitados en las llamas eternas! Cuantos inocentes jóvenes y mucho mejores que yo han quedado en medio de ese piélago lleno de escollos y peligros! Nadie más indigno que yo de misericordia! Y en todo me sufrís largo tiempo y lo que es más de admirar, me escogéis para ser uno de vuestros más

⁸ Página 8

predilectos! ¡Oh misericordia infinita de un Dios! Bendita, sí y mil veces serás! Que tales cosas sabéis obrar! Mas, de qué modo tan maravilloso!

II. VOCACIÓN

Desde algún tiempo me había desviado de los malos compañeros y había hablado con un chico muy bueno, sacristán de la parroquia de Sn. Pedro, quien me confiaba sus secretos. Un día me dijo: “¿sabes que voy a solicitar la entrada en la Congregación del Santísimo Redentor?” Aficioneme desde entonces más y más a él y siempre andabamos juntos, no pareciendo sino hermanos.

Pensando un día con mayor detención en la resolución de mi amigo, por divina Providencia, ocurriame este pensamiento. ¡qué buena vocación ha escogido! ¿Y no podría yo hacer lo mismo? Apenas nos encontramos le dije que yo le seguiría y nuestra dicha fue completa.

Teniendo⁹ que venir la madre de mi compañero a la Nava para estar con los RR. PP. le dije hiciese el favor de pedir a los PP. me admitiesen, y así lo hizo.

Pasaron algunos días y yo se lo comuniqué a algunas personas extrañas que eran muy buenas y que más tarde me ayudaron mucho para la consecución de mi resolución. De mi familia nadie sabía nada y ni lo sospechaban.

Por fin un día, después de encomendarme a María Sma. resolví comunicarlo a mi madre a solas; en un principio ni siquiera hizo caso; pero cuando vió que yo persistía en mi resolución alegando que yo era el más pequeño y que tenía que ser sostén y el báculo de su vejez. Yo no dije más por entonces; pero empecé una vida del todo nueva: todas las mañanas lo primero que hacía era irme a la Iglesia, ayudar a cuantas misas podía y después quedaba como una media hora o $\frac{3}{4}$ de hora rezando mis devociones entre las

⁹ Página 9

cuales estaba mi rosario cotidiano a la Virgen del Perpetuo Socorro cuyo cuadro se hallaba expuesto en el altar mayor; y es de advertir que desde la misión nunca o casi nunca me dirigí a otra imagen de María. No era yo solo el que encomendaba a María Sma mi vocación sino también personas muy buenas de esas a quienes por su piedad se las llamaba por desprecio, beatas.

En casa de una de estas señoras me encontraba muy a menudo y por cierto que allí aprendí muy buenas cosas; entre otras a confesarme cada 28 días y comulgar por los domingos y demás fiestas, a persistir en mi resolución cueste lo que costare. Dije a esta señora que mi madre se oponía a mi vocación y ella habló con mi madre después de encomendar el negocio a María Sma.

Era entonces el mes de mayo y es costumbre hacer novenas a la Virgen de¹⁰ la Casita y yo hice una en compañía de varias señoras; un día de la Novena supimos que los misioneros iban a venir a hacer una visita al pueblo; sabiendo esto nos pusimos hecha la novena, en camino para salir al encuentro de los misioneros. Apenas los adivinamos, echamos a correr y yo llegué al primero; saludado que hube a los RR. PP. Lorthioit y Negro, seguí corriendo al encuentro del R.P. Blanpied que no conocía y por saludarlo me dio un bofetón; pronto lo abandoné y me acogí al P. Negro a quien no solté hasta llegar al pueblo.

Llegados allí no los dejé un momento; entrando los Padres a visitar la Iglesia de Sta. María yo me hallaba a la puerta; apenas me percibió el P. Negro dijo dirigiéndose al P. Blanpied: “Este quiere venir con nosotros” a qué replicó este “Se conoce, sus narices son nuestras, agarrándome al mismo tiempo por ellas.

¹⁰ Página 10

Transcurrido algún tiempo volví a recordar a mi madre la resolución que había tomado; esta vez me oyó con gusto y pareció acoger mi determinación. ¡María Santísima había trocado su corazón!

Mas he aquí que un obstáculo imprevisto, una dificultad grande y que daba que temer, se presenta y hace titubear a mi madre, a saber la falta de recursos para poder pagar todos los años. Pero qué valen todos los obstáculos cuando María Sma se halla por medio? Pronto, muy pronto se desvaneció la dificultad; porque los padres escribieron al Arcipreste para que pasara recado a la madre entregándola al mismo tiempo un papel en que se encontraba cuanto debían llevar los que no podían pagar.

No¹¹ es todo; aun quedaba por vencer el mayor y más terrible impedimento, y el bendito Sn. José se encargó esta vez de superarlo.

Tenía yo un padrastro no muy bueno con quien a menudo luchaba; blasfemaba mucho y apenas yo le oía me volvía a él y le reprendía y a veces casi llorando; él lejos de hacerme caso se ensañaba conmigo, prohibiéndome frecuentar tanto la iglesia y ejecutar otras buenas acciones; no por eso me acobardaba sino que seguía como antes aunque tuviera que pasar malos ratos. Llegó a sus oídos no sé como que yo iba a ser religioso ¡Ah entonces se puso como un tigre conmigo, me dijo que no, no me dejaría. ¿Qué no? Le decía yo, veremos.

Entre tanto mi madre accedió a mis instancias, me preparaba ocultamente la ropa; y cuando el padrastro faltaba de casa (que era bastante a menudo) mi madre, impulsada por mi (anduvo) dio los pasos que eran necesarios.

Pasado algún tiempo yo mismo con muy buenos modales comuniqué al padrastro mi firme resolución de marcharme, a fin de que me diera licencia; él duro como una piedra no se mueve y persiste en su negativa. Sabedora de esto una buena persona me dijo: ten confianza, hijo, que Sn. José te ayudará”.

¹¹ Página 11

Entonces me aconsejó hacer una novena a ese benditísimo y para mi inolvidable santo, y al efecto nos dió un libro a mí, a otro compañero mío. Comenzamos la novena ambos poniendo delante del Santo dos cirios. Desde el primer día el santo se mostró conmigo muy favorable, porque mi madre y hermanos estaban más resueltos a favorecerme; por entonces también me inspiró una grande devoción a Sta. Teresa la que siempre he conservado; también por entonces me aficioné a N.P.S. Alfonso.

Dí fin a la novena y terminaron las peleas; Sn José me había oído, había¹² conmovido el corazón de mi padrastro. Mi contento fue indecible, desde entonces cobré un cariño extraordinario a este santo; fue para mi un verdadero padre, y el más estimado después de María Santísima.

Hice por entonces una visita a los PP. acompañado de otro, a pié; en ella dijimos al R.P. Lorthioit que estábamos resueltos y que cuando habíamos de partir, y él nos contestó que arreglaría todo con el R.P. Director del Espino. Los días se me hacían muy largos; los demás chicos me insultaban, yo no hacía caso; en el mes de Junio me inscribí en la asociación del Sagrado Corazón de Jesús.

Tocábamos el fin de ese mes cuando mi madre juntamente con las de mis compañeros, es llamada a casa del arcipreste, quien les comunica a solas la orden de que se presenten con nosotros en el convento de la Nava para ser examinados. Al día siguiente partimos y llegados allá nos examinaron los RR.PP. Desnoulet, Negro y Blanpied y nos admitieron diciéndonos que ya avisarán cuando hayamos de marchar.

La víspera de Sn. Alfonso nos juntamos los 4 que debíamos entrar en la congregación para ver qué habíamos de resolver: si marchar la misma noche o al día siguiente (es decir el mismo día de Sn Alfonso) para celebrar la fiesta del que había de ser nuestro padre; era tanto nuestro deseo de venir a la Nava que

¹² Página 12

no pudimos esperar al día siguiente; y así preparado lo que habíamos menester, la misma noche de la víspera de Sn Alfonso, partimos a las 4 a las 9 de la noche en dos caballerías. Las 11 $\frac{1}{4}$ daban cuando llegamos a la Nava; metimos en una casa las caballerías, y sin aguardar más nos encaminamos al Convento; como era de esperar, este se hallaba cerrado; y esto no obstante, nos echamos a la puerta sobre las piedras donde pasamos la noche, suspirando porque llegase la aurora.

En¹³ fin llegada ya y abierta la Iglesia, entramos y nos preparamos a confesión lo que ejecutamos con el R.P. Negro; después comulgamos; todo el día, se puede decir que lo pasamos en el convento asistiendo a cuantas funciones se celebraron; muy entrada estaba la noche cuando salimos de la Nava.

III. DESPUÉS DE LA VOCACIÓN

Por fin llegó el día tan deseado, esto es el 19 de septiembre 1887, abandoné el pueblo y la familia con grandísimo contento y tanto fue así que los 4 que íbamos apostamos a ver quien lloraba primero y ninguno lloró, y ni aún el tiempo mismo de salir al tren, momento por cierto terrible por los ataques.

Al apearme del tren en Pancorbo me puse algo triste al ver la novedad de un país extraño; pronto, muy pronto desapareció con mi llegada al Espino.

Jovenado. Apenas me encontré entre los jovenistas, todo era felicidad para mí, al ver su amabilidad y cariño; cualquier extraño que me hubiese visto entonces habría creído que era antiguo jovenista, porque no solo no me acobardé sino que conversaba y jugaba con los jovenistas como si me fuesen muy conocidos; y más tarde algunos de entre ellos me lo recordaron.

En los cinco años que permanecí en el Espino tuve por lectores a los RR. PP. (Y año) Becker (2), Colloud y Director (3 y 4), Shlitter (5), Celestino.

¹³ Página 13

En el primer año lo único que he notado es que entonces empecé a amar de veras a María Santísima y así se comprende como yo no haya sido despedido como otros muchos mejores que yo; y 10 salieron en ese primer año, de mi curso; y lo que más es de admirar y en dónde resplandece el cuidado y solicitud que de mí tomó esa queridísima Madre mía es lo que sigue: se valió para darme la vocación de un compañero mío, muy bueno llamado Velloso, y después que hubo cumplido¹⁴ con su misión, salió del jovenado por enfermedad, siendo muy bueno y de mucho talento. ¡Oh Dios mío! ¡Cuan incomprensibles son vuestros juicios e investigables vuestros caminos! A mí muchísimo peor que otros y de menos talento me conserváis y a otros de quien se esperaba mucho, los echáis.

En el segundo año, movido por una lectura de mi R.P. Director sobre Sn José tomé a pechos honrar a éste Santo todos los días de mi vida, y fueron muchísimas las gracias que me concedió; raro, rarísimo fue el día en que en lo sucesivo dijese de (honrar) rezar un rosario; por entonces ya sabía robar en los tiempos libres algunos momentos para pasarlos con el Smo. Sacramento.

En el tercer año el demonio que hasta entonces parecía haber permanecido tranquilo comenzó a declararme cruel guerra con tentaciones; pero gracias a Dios tenía un buen socorro con María Sma a quien acudía y con mi amadisimo R.P. Director con quien tenía grande confianza y a quien declaraba todo por entonces fue cuando puse verdaderos cimientos en la devoción a María Sma y durante los 3 años siguientes, el sábado era para mí un día de felicidad; en él rezaba mis 3 rosarios con más fervor y hacía otras pequeñas prácticas.

En los dos años siguientes no hay nada de particular, sino los ardientes deseos que tenía de venir al noviciado. Al fin del último año N. Señor que veía cuan grande y formidable era mi amor propio, quiso como cariñoso Padre darme un remedio, y por eso permitió que fuese humillado; era decano y algo

¹⁴ Página 14

descontentos de mi algunos cohermanos a quienes perdono de todo mi corazón, me acusaron de ciertas cosas, (que si eran verdaderas Dios lo sabe) por cuyo motivo tuve un grande capítulo y fui quitado de decano. No¹⁵ me dio nada en un principio porque se lo ofrecí a N. Señor, pero después ya lo sentí. ¡Ay, ojala yo lo hubiese sufrido mejor! Que ocasión más buena para prepararme al Noviciado. ¡Que loco y cuan pagado a mi amor propio me mostré!

A mi salida del Jovenado, si algo sentí fue mi separación de mi amado Padre Director y del profesor R.P. Celestino.

Noviciado. Entré en el noviciado el 12 de agosto de 1892; los primeros días alguna tristeza, pero muy pronto desapareció; si días tuve felices fue en especial el de mi toma de hábito. Los 5 primeros meses fueron para mi muy nuevos; sentía gusto y atractivo para todos mis ejercicios; el demonio me dejaba tranquilo; en ese tiempo cobré una devoción tierna y filial a N.S. en el Santísimo Sacramento y a María Santísima; cobré también un odio muy grande al pueblo y al locutorio; y tener que ir a este era mi mayor tormento. Los tiempos libres generalmente los pasaba en la capilla y los días ordinarios apenas me bastaban para acabar mis devociones; pasaba cuartos de hora, medias horas delante del Santísimo o de María Santísima; la meditación me gustaba; el recogimiento y el andar en presencia de Dios eran mis delicias; me sentía con sed de humillaciones y las pedía a N. Señor y a mi R.P. Maestro; y cuando las ponía estaba contento y por cierto había en ello alguna satisfacción del amor propio. En una palabra, el noviciado me parecía cosa muy fácil.

Pero llegado el mes de Febrero, las cosas todas cambiaron de aspecto; Nuestro Señor retiró su mano de mí y se alejó; vínome entonces el demonio con tentaciones impuras a las que tenía una repugnancia atroz, un horror espantoso, que más quisiera sufrir un martirio en mi cuerpo que sentir tales cosas.

Cualquier¹⁶ cosa que me pasaba tocante a ese vicio, quedaba intranquilo hasta haberlo puesto en conocimiento de mi R.P. Maestro. Rezaba y más rezaba y no se me marchaba la tentación; entonces me venía la desconfianza; seguíanme después un tropel de pensamientos, tales como: “si estaré en gracia de Dios, si habré consentido, si estaré abandonado de Dios, seré yo la causa de esto por mis pecados e infidelidades”. Acudía a N. Señor y a María Santísima, a Sn José y a los santos, y todos parecían sordos. El gusto de la oración se me quitaba, y casi me parecía un suplicio porque allí me venían sobre todo esos pensamientos. Me venían también momentos de tedio y de fastidio como también estos dos pensamientos “Consiente y todo desaparecerá; o sal y te verás libre”. Todo esto lo rechazaba y prometía a N. Señor de jamás hacerlo y de antes morir.

Después de algún tiempo me fui volviendo algo la calma, si bien aún no me he visto libre de tentaciones; comprendí cuan bueno es el tener tentaciones y daba gracias a N. Señor de habérmelas enviado por el bien que obraron en mi alma; pues estas me obligaron a trabajar a mi santificación sin las cuales hubiera estado en una seguridad y paz fatales. Las tentaciones me han arraigado fuertemente en mi vocación y me han comunicado un ánimo y valor muy grande para vencer todos los obstáculos que se me pongan en mi camino; también han sido causa de aumentar mi fervor. En este momento suspiro y muy ardientemente por verme consagrado con los votos a N. Señor, y con ellos atado a mi Madre la Congregación.

Bendito seáis, Vos Oh Jesús mío, que así sabéis sacar bien del mal! Gracias os sean dadas a Vos, ¡Oh mi Dios! A mi queridísima Madre María Sma, a mi Padre Sn José y Sn Alfonso y demás Patronos por cuanto habéis hecho por mi. Pero será cuanto por Vos y por María haga, pero eso aceptadlo unido a mi corazón y a mi ser. Para siempre seré vuestro y hasta la muerte os quedaré fiel. Mas preciso es que ambos me ayudéis porque esto yo no lo puedo hacer

sin vuestros socorros; ayudadme pues. Guardadme muy bien, oh Madre mía,
ahí en vuestro corazón. Así lo espero.

(F. Jiménez, C.SS.R.)